

DAWSON, Cristopher: *Los dioses de la Revolución*, Encuentro, Madrid, 2015, 214 págs.

Al historiador y ensayista galés Christopher Dawson (1889-1970), convertido al catolicismo en 1914, lo «descubrió» en 1934, desde las páginas de *Acción Española*, Leopoldo Eulogio Palacios (1912-1981), y la progresiva recepción de su obra en nuestro país ha conocido altibajos desde entonces. En los años 50 y 60 vive su apogeo de

publicaciones y en el otoño-invierno de 1951-52 él mismo pasó cinco intensos meses de conferencias y cursos en España, al tiempo que se le traducían y editaban en Chile, México y Argentina. Llegan luego treinta largos años de ausencia, hasta su resurrección bibliográfica a partir de 1991, lenta pero felizmente ininterrumpida.

*Los dioses de la Revolución* es una obra póstuma. Formaba parte de su serie de volúmenes sobre la historia de las civilizaciones, y se encontraba inédita en castellano. La ha traducido Jerónimo Molina Cano, autor de un acabado perfil del autor que precede a la introducción original de Arnold J. Toynbee y a la presentación de James Oliver, responsable del manuscrito en 1972.

El núcleo central de la filosofía de la historia de Dawson es el papel de la religión en las culturas y civilizaciones. Pues bien, en estas páginas nos encontramos con un análisis histórico pormenorizado de la Revolución Francesa en cuanto «proceso de extracción del cristianismo de la cultura por él creada», en palabras certeras de Molina Cano. «Estamos ante una documentada, exhaustiva e incluso erudita narración del periodo revolucionario antes, durante y después del Terror, bajo una apasionante línea de investigación, que actúa como directriz para encuadrar los acontecimientos: el enfrentamiento en esos años de dos concepciones distintas de lo que debía significar 1789».

La primera propugnaba un poder y una sociedad separados del cristianismo y a los que se arrancarían las cepas sagradas: un mundo contraído a lo secular, en suma. La segunda propugnaba una religión de sustitución, una religión a la inversa: su aversión a lo sagrado cristiano no impedía el deseo de mantener un fundamento formal y subjetivamente religioso, en donde no es difícil advertir los rasgos del *mono de Dios*.

Christopher Dawson va estudiando estas corrientes en los tipos que las encarnan, quienes transitan de una a otra. Robespierre y su pretensión de infalibilidad moral representa, desde luego, la segunda: «Desconocía la moderación de Fouché, Tallien y los demás, pues es mucho más desinteresado que todos ellos. No destruye con una violencia y una crueldad despiadadas, sino con la fría benevolencia de un inquisidor decidido a sofocar la herejía y hacer a los hombres virtuosos y ortodoxos, quieran o no».

Bajo esta perspectiva, la condición anticatólica de la Revolución Francesa se debería no tanto a su pulsión agnóstica como a su

pulsión «religiosa» invertida, que buscaba la introducción de una religión política divinizadora del Estado, del Pueblo, del Hombre. Los enfrentamientos facciosos (jacobinos-girondinos, liberales-demócratas, reformadores económicos-reformadores sociales) se sintetizaban en el enfrentamiento entre «la Revolución como religión» y «la Revolución como negocio».

En cualquier caso, el resultado es que la cultura y la civilización occidentales (en dos siglos que Dawson repasa en las páginas finales hasta llegar a los años 70) se apartan de la religión, que es su único sustento: «La cultura occidental tiene que buscar en el cristianismo una guía y una ayuda para restaurar la unidad moral y espiritual de nuestra civilización. Fracasas en el intento solo puede significar o la quiebra del cristianismo o la condenación de la civilización moderna». «O ambas cosas», tal vez hubiese añadido el autor de haber vivido medio siglo más.

Enrique RODRÍGUEZ